



CAPITULO XXXIX Y ÚLTIMO

Duelo de la familia del coronel y gran trato de su viuda. Noticia de Pomposita y su muerte

Como mi tutor fué tan bueno, al tanto lo sintieron todos, particularmente y con justicia su familia. Ésta lo lloró largo tiempo, haciendo en sufragio de su alma y por su memoria muchas obras de caridad cristiana.

Don Modesto, Pudenciana y sus hijos redoblaron

LA QUIJOTITA. — 199.

su amor y cuidado hacia doña Matilde, y recibía ésta tantas demostraciones de todos, que decía á sus amigas:

— Ya no tengo fuerzas para soportar y agradecer el cúmulo de bienes que hacen llover sobre mí mis hijos. ¡Ojalá estuviera en su poder resucitarme á mi amadísimo esposo!

Don Modesto trató de llenar su deber de albacea, sólo por cumplir, y nunca por pensar en la división; pero doña Matilde no quiso que hiciera inventario de los bienes, sino que todo lo dejó en manos de sus hijos, diciéndoles que eran dueños de todo. Éstos la cuidaban y contemplaban al pensamiento, sin dejarle desear nada ni un momento y haciendo que todo el mundo la tratara y respetara como la madre y cabeza de toda la familia.

De este modo había vivido cuatro años largos aquella virtuosa familia, llena de felicidad, sólo suspirando por don Rodrigo y deseando saber de Eufrosina y Pomposita, de quienes no había la más ligera noticia, cuando una mañana que estaban almorzando, el criado avisó que afuera estaba una mujer que decía llevaba un recado importante; y diciéndole que entrase, vieron una vieja, cuyo semblante y andrajoso y sucio vestido representaban la misma miseria, la que, sin detenerse, dijo:

— Señoritas, les vengo avisar, allán casa asiocho días que está muy mala, y yo como probe, no tengo para los remedios, no más tantito atole le doy á ña Tontosita.

No acabaron de oír este disparate, sin conocer que se trataba de Pomposa, y concibiendo el estado infeliz en que estaría, en el momento se dejó lo que faltaba del almuerzo, y parándose don Modesto como distraído, gritó:

— ¡Que saquen el coche, y vamos por mi hermana Pomposita!

Las señoras preguntaron á la mujer si estaba también con ella la madre de la enferma, y ella contestó:

— Conque, croque dicen que ya se murió.

Salido el coche, montamos don Modesto, las dos señoras y yo, pues aunque se hizo instancia á la mujer para que subiera no se pudo conseguir y se fué á pie guiando al cochero, porque no sabía dar las señas de su casa, y nos condujo á una accesoria del callejón de la Chiquihuitera, en donde sin más ajuar que el *tlecuili* y tres *tepalcates*, encontramos á la desventurada Pomposita, en una cama que formaban dos petates de tule rotos, en el suelo, cubierta con asquerosísimos andrajos y hecha un esqueleto; de manera que no la habríamos conocido si ella no hubiera prorrumpido en un fuerte llanto luego que nos vió, llamando con voz dolorida y penetrante á todos y cada uno, pidiendo por amor de Dios que olvidásemos su conducta y le tuviésemos compasión.

Doña Matilde y Pudenciana, sin asco á su deplorable

estado ni temer á la enfermedad, se arrojaron á aquel miserable lecho, y llenándola de abrazos le manifestaron que nunca podían olvidar lo que les pertenecía, y que procurarían tratarla según su deber, y que de su conducta no se acordase más que para arrepentirse de ella y pedirle á Dios perdón.

Mirando que, á lo que parecía, no estaba en disposición de que se pudiera mover, se mandó al cochero fuera violentamente por el doctor G..., y como entretanto, deseosos de saber de Eufrosina, preguntaran por ella á la enferma, dando ésta un profundo suspiro y como ahogándose en su pecho un acerbo dolor, exclamó:

— ¡Ah! ¡mi madre infeliz, causa primaria de nuestros males, ya no existe! ¡Ella ha dado cuenta de sus días y de los míos en el tremendo tribunal de la Divina Justicia! Murió hace dos meses en el hospital de San Andrés...

Todos estábamos anegados en llanto, y cuando algo nos serenamos, Pomposa prosiguió:

— Aunque ustedes no pueden apreciar la historia de nuestros últimos días, y sin embargo de que ella no es honrosa ni agradable, para que sirva de ejemplo y escarmiento á los padres de familia sin prudencia ni juicio y á los jóvenes que con tiempo no aprovechan lo poco que se les enseña y las lecciones que da el mundo, pido á Dios me dé aliento para poderla relatar aunque en breve, y á

ustedes sufrimiento para escuchar procederes lamentables y vergonzosos. Ya saben hasta el casamiento que mi inconsiderable ligereza y vil interés de mi madre me hicieron celebrar con el perverso que hizo toda mi ruina. Pasado esto, como nos encontramos sin recurso, abandonadas de los buenos amigos, notoria y enormemente infamadas, ya no dimos ningún lugar á la reflexión, y despechadas, yo me prostituí con el apoyo de mi madre; y si los primeros días pudimos vivir por medio tan inicuo y criminal, bien pronto fué menos útil, porque yo desmerecía diariamente, y atacadas de hambre, nos relacionamos con públicas ramerías, con quienes concurrí á toda clase de lupanares, descendiendo á proporción hasta á los más miserables. En uno de éstos me comuniqué y trabé ilícita amistad con un soldado de Guanajuato, que desertó á poco tiempo con la mira de que nos fuéramos á su tierra, según él decía; pero antes de esto, combinado con un M. R. y otros tan malvados como él, hicieron un robo de consideración, que mi madre y yo ocultábamos en la parte que tocaba al desertor; y como no tardara en descubrirse, nos prendieron y llevaron á la cárcel de corte, donde negamos nuestros nombres poniéndonos otros. Mi madre sobre su edad y anteriores padecimientos, ya no pudo sufrir, como yo, en la prisión las hambres, miserias, hediondez y demás plagas de la cárcel; ya no pudo resistir, y cayendo á los seis meses muy mala de